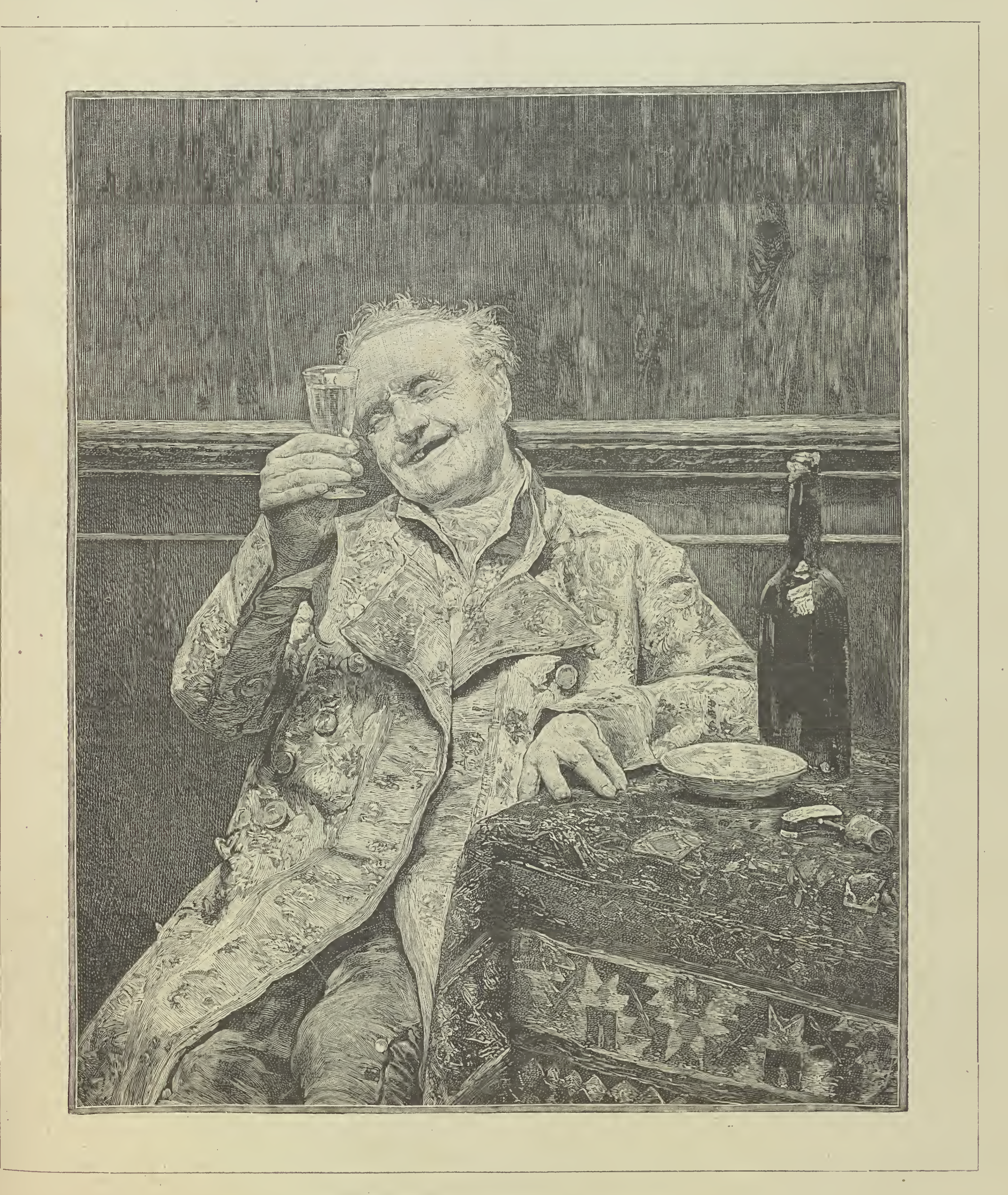
LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 10 DE JUNIO DE 1889 — NÚM. 389

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS



DOS VIEJOS AMIGOS, cuadro de Jiménez Aranda

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

DOS VIEJOS AMIGOS, cuadro de Jiménez

(Exposición Universal de París)

Bien supo lo que hacía quien tal regalo enviara: el tabaco no lo prueba porque estraga el estómago, las viandas no son para él otra cosa que estímulos para despertar la sed, los libros considéralos como desahogos de la vagancia y como remedio infalible contra el insomnio y los objetos de arte y las chucherías son á sus ojos otros tantos estorbos inútiles para la casa. En cambio ¡una botella de vino! Este es para él el placer sumo. El dorado líquido aviva en sus entrañas el calor próximo á extinguirse, da á sus entumecidos miembros una elasticidad que la naturaleza les va arrebatando, comunica nueva actividad á su dormido cerebro y difunde por todo su ser una chispa de vida haciendo desaparecer, siquiera sea por un momento, los achaques del cuerpo y comunicando juvenil vigor á su espíritu. Su imaginación entorpecida por los años despliega nuevamente sus alas y á impulsos de sutiles vapores lánzase por los espacios infinitos y le hace olvidar con los gratos recuerdos de la pasada energía la dolorosa realidad de la decrepitud presente.

Todo esto se adivina, mejor dicho, se ve en el hermoso cuadro de Jiménez Aranda, encanto de cuantos hoy visitan la Exposición de París; todas esas sensaciones, todos esos sentimientos están maravillosamente reflejados en los ojillos medio entornados, en los labios entreabiertos por voluptuosa sonrisa, en la beatitud del semblante, en el reposo de la figura toda de ese vejete que tiene concentrada su vista en esa copa de transparente licor de cuyo seno ve surgir las más risueñas imágenes, los más deliciosos ensueños, las más tentadoras esperanzas.

ÚLTIMOS MOMENTOS DE ERASMO cuadro de A. van Trigt

Pocos sabios han gozado de tanta nombradía como el famoso humanista Erasmo de Rotterdam; literato, erudito, filólogo, poeta latino y controversista, dedicóse con laudable ahinco y con ardor insaciable al estudio de la antigüedad para lo cual sirviéronle de mucho los viajes que como preceptor de un bastardo de Jaime IV de Escocia hizo por Inglaterra, Francia, Italia y los Países Bajos. Los monarcas se disputaron el honor de retenerle en su corte, pero despreciando regias ofertas prefirió vivir retirado en Basilea en donde murió á la edad de sesenta y nueve años (1536) dejando un nombre imperecedero que le conquistaron sus muchas y preciosas obras, entre ellas *El elogio de la locura* ilustrada por Holbein, los *Coloquios*, los *Adagios*, la edición *princeps* del texto griego de la *Geografía* de Ptolomeo, la traducción griega del Nuevo Testamento, etc. etc.

Su afición al estudio y á la controversia le acompañó hasta en sus últimos momentos: á la ciencia consagró su vida y la muerte le sorprendió discutiendo cuestiones científicas con sus amigos.

A. van Trigt ha reproducido con habilidad no poca esta luctuosa escena: basta ver la expresión de cada una de las figuras de su cuadro para comprender al momento los diversos sentimientos que á cada personaje dominan. La pobreza de la estancia y el tinte obscuro que en el lienzo domina avaloran más el mérito de la composición.

LA ALEGRÍA Y EL REPOSO.— EL RHIN Y EL DUSSEL SALUDANDO AL ARTE frisos pintados por Klein Chevalier

Es indudable que la pintura decorativa ofrece más que ninguna otra ancho campo á la imaginación del artista; las más atrevidas alegorías, los estilos más caprichosos, los accesorios más estrambóticos, todo puede combinarse perfectamente cuando de este género pictórico se trata. Pero esto que parece una facilidad no es sino un nuevo y difícil obstáculo, ya que de la combinación de tan abigarrados elementos lo mismo puede resultar un conjunto bello que una repugnante amalgama.

Klein Chevalier en sus dos frisos de tal suerte ha vencido las dificultades por su exuberante fantasía amontonadas, de tal modo ha impreso la armonía en la infinita variedad de unidades, antitéticas las más de ellas, que en revuelta confusión concibió su mente, de tal manera se ha complacido en juntar obstáculos para darse el gusto de triunfar de todos ellos, que las dos obras salidas de su pincel merecen sin disputa el dictado de obras maestras.

Difícil nos sería analizar una por una las bellezas que cada friso encierra, más difícil aún buscar la conexión que en los múltiples y á primera vista opuestos detalles supo encontrar é imprimir el artista, pero lo que sí nos ha de ser sumamente fácil afirmar es que esta conexión existe por cuanto ambas obras nos impresionan muy gratamente sin que turbe nuestra atención el menor desentono y que aquellas bellezas abundan en tanto grado que sólo de la suma de todas ellas podemos hacernos cargo sin que acertemos á decir cuál aparece por encima de las demás.

Apenas hay obra pictórica que no tenga un fragmento superior á los otros; en los frisos de Klein Chevalier, todos los fragmentos – si fuéramos á descomponerlos – nos parecerían mejores.

PRESO, cuadro de C. Praue Henningsen

«Nace el ave y con las galas – que le dan belleza suma, – y apenas es flor de espuma – ó ramillete con alas, – cuando las etéreas salas – corta con velocidad – negándose á la piedad – del nido que deja en calma. – ¿Y teniendo yo más alma. – tengo menos libertad?»

(La vida es sueño – Acto I, escena II)

¿Qué mejor explicación podemos dar del precioso cuadro de Praue Henningsen? Cuanto dijéramos de él tendría que ser una mera paráfrasis de los anteriores versos. Preferimos, pues, (y nos lo agradecerán nuestros lectores y quizás también el autor del lienzo) que la descripción de ese grabado sea toda de D. Pedro Calderón de la Barca.

EN LA PLAYA, cuadro de E. Meifrén

Meifrén siente la naturaleza en el mar como la siente Urgell en los paisajes tristes envueltos en las vagas tintas del crepúsculo de la tarde, como la sienten Masriera y Marqués en los países alegres bañados por las luces de un sol purísimo y embellecidos por las galas de la florida primavera ó del ardoroso estío. Del modo cómo éstos han sorprendido y aprisionado en su paleta las bellezas y sublimidades de la tierra en sus diversos aspectos, ha sorprendido y aprisionado Meifrén en la suya las bellezas y sublimidades del mar que ha estudiado en sus variadísimas fases consiguiendo, gracias á ello, hacer el *tour de force* que pudimos admirar en nuestra Exposición Universal.

No pertenece al género de aquel lienzo la marina que hoy reproducimos; no resulta tan grandiosa, es cierto, pero no por esto se nos ofrece menos bella; no hay en ella tanto mar, es verdad, pero la azulada línea que limita el horizonte en nada desmerece de las turbias y procelosas olas que en el otro se admiraran: el uno impresionaba como todo lo grande, la otra cautiva como todo lo sencillo.

Meifrén ha extendido en esta marina la esfera de su especialidad, ha pintado menos agua y más tierra y más figuras y ha demostrado un gran dominio de la perspectiva: no necesitaba hacer tanto para justificar su renombre, pero puesto que lo ha hecho y lo ha hecho bien, prodiguémosle nuestros plácemes y aprestémonos á prodigarle otros, que nuestro paisano puede aún ir mucho más allá, si quiere, y de que quiere son buena prueba los rápidos progresos que en su corta carrera artística ha realizado y realiza cada día.

YUM, YUM, cuadro de Conrado Kiesel

Su conocimiento perfecto de la belleza, su delicado gusto y su prodigioso talento han hecho de Kiesel el pintor favorito del mundo elegante de Munich, de esa ciudad artística por excelencia cuyo voto en materia de arte ha de ser indiscutible para cuantos á éste rindan culto. Pero aunque así no fuera, aun cuando las obras de este pintor no llegasen á nosotros con el visto bueno que las pone fuera de discusión, parécenos (y pedimos que no se nos tache de inmodestos) que también nosotros hubiéramos adivinado desde luego que las caras pintadas por Kiesel tienen una belleza especial que las distingue de cualesquiera otras, que el mejor gusto preside en la elección de los accesorios que á la figura acompañan y que el tono general del cuadro acusa una prodigiosa riqueza de colores y matices. ¿Cómo habían de escapársenos las bellezas del rostro de Yum Yum – esa japonesa que no tiene de tal más que el traje – cómo no habíamos de extasiarnos ante las esbeltas proporciones de un cuerpo cuyas líneas y contornos sólo pudo el artista copiar de la mujer que *in mente* se forjara, cómo podíamos dejar de apreciar la elegancia del ropaje en el cual reprodujo el autor todos los caprichosos dibujos y los brillantes tonos de la fantasía oriental?

Hay obras que se recomiendan por sí solas y las de Kiesel pertenecen á este número: huelgan, pues, todas las alabanzas que pudiéramos prodigarles.

LA VISITA EN EL HAREM, cuadro de F. M. Bredt

La civilización europea no ha podido extirpar hasta ahora en los países mahometanos la costumbre del harem; todas las excelencias, todos los progresos de aquella cultura que tantas bellezas del mundo oriental han destruído, no han logrado acabar con esa absurda y cruel institución que hace de la mujer una simple cosa destinada al regalo, al solaz de su señor, condenándola á eterno encierro y á una existencia monótona y desesperante, sin otras distracciones que pensar en agradar á su dueño y en aniquilar por todos los medios posibles á las rivales con quienes comparte el corazón ó las caricias de éste.

De cuando en cuando les es permitido á esos desgraciados seres visitar á sus compañeras de otros harenes y de una de estas visitas ha sacado F. M. Bredt asunto para un cuadro, poco interesante quizás para los que buscan en la pintura los efectos, pero al que nadie negará cualidades que denotan conocimientos especiales y disposiciones no comunes en su autor. Bredt es joven, cuenta sólo veintinueve años: el cuadro que reproducimos es uno de sus primeros ensayos en el género orientalista, es, por decirlo así, como el primer acto de los dramas, un cuadro de exposición; esperemos pues la *trama*, seguros de que quien tan bien sabe exponer sabrá hacernos sentir el día en que se lance al *enredo*.

MADONNA, cuadro de W. Bouguereau

¡Cuánto bien hacen á la religión los pintores que logran crear obras como la de Bouguereau! ¡Cuánto consuelo ha de encontrar el ánimo más afligido en la contemplación de esa hermosísima alegoría que lleva por lema *Mater Afflictorum!*

Una madre acaba de ver morir á su hijo, hermosa criatura que ha volado al cielo á ocupar un lugar entre los ángeles, y presa del dolor más acerbo desahoga su pena en el santo regazo de la Divina Madre y baña con sus lágrimas aquellas mismas rodillas que un día sostuvieron el inanimado cuerpo del Crucificado.

Grande, sublime es la figura de la desolada mujer rendida por la aflicción; encantadora, llena de gracia la del niño yacente que más que muerto parece dormido; y sin embargo con ser tan bellas quedan poco menos que obscurecidas por la figura de la Madre de Dios, por el rostro de la Virgen en el que ha logrado el pintor imprimir toda la bondad y todo el amor divinos, por la expresión de los ojos de la Reina de los cielos, expresión indefinible que la criatura humana nunca acertará á reflejar.

La Madonna de Bouguereau no desmerece, á nuestro entender, de las Vírgenes reproducidas por los mejores pinceles de la época clásica: en su presencia el alma se eleva, el corazón oprimido se dilata, las lágrimas del dolor se secan y brotan en su lugar lágrimas de consuelo y los labios se entreabren involuntariamente para dejar escapar el sublime «¡Dios te salve, Reina y Madre de misericordia!»

CAMINO DE LA FERIA, dibujo de B. Galofre

Una sola frase denota á un pensador y una simple redondilla revela á un poeta; si no supiéramos quién es Galofre, el dibujo que reproducimos nos hubiera descubierto la existencia de un gran artista. Nada hay pequeño para el arte. ¡Cuántos han sabido sublimar las más nimias pequeñeces! ¡Cuántos, en cambio, han empequeñecido los temas más grandiosos!

Galofre resulta grande cuando quiere ser grande, y cuando se propone ser pequeño... también resulta grande.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

SANTA TERESA DE JESÚS notable dibujo á la pluma de J. A. Fabrés

La simpática figura de la doctora mística, como algunos la llaman, sus celestes visiones, sus éxtasis, sus coloquios con las personas divinas han prestado asuntos en abundancia á los pintores de todos los tiempos: nada de extraño tiene que su vida atraiga á los artistas, puesto que les brinda interesantes episodios que pueden servir de temas á atrevidas composiciones.

Fabrés, dejándose seducir por tales atractivos, ha querido ensayar sus aptitudes en el género religioso y para ello ha empezado por lo más difícil: ha sabido dominar las tentaciones que debió sentir pensando en el primer rapto de Teresa, la visión del infierno, en la transverberación de su corazón, en la visión de Jesús resucitado, en el milagro de la resurrección de su sobrino, en la visión milagrosa del martirio del padre Acevedo y otros cuarenta jesuítas, víctimas de piratas protestantes, y en tantos otros acontecimientos de la accidentada existencia de la ilustre avilesa y se ha limitado á dibujar simplemente á la Santa sumida en sus meditaciones y entregada á sus plegarias en solitaria celda.

Que Fabrés habría sabido sacar gran partido de aquellos episodios nos lo garantizan las innumerables obras á su pincel debidas en las que campean la originalidad y la fantasía; por esto es más meritoria la sobriedad de que ha dado prueba en su Santa Teresa haciendo de ella una creación verdaderamente mística.

En punto á la ejecución diremos que el hábito y la capucha están tratados con elegancia y valentía, que la actitud es natural y bien hallada y que el rostro de la Santa revela al par que extático recogimiento las huellas de las amarguras que, á pesar de su santidad, la hicieron sufrir sus enconados perseguidores.

LA LUNA DE HIELO

POR DON AUGUSTO TÉREZ PERCHET

I

No he tratado periodista más activo que Arturo González. Ejercita el *reporterismo* de modo extraordinario, pero sin traspasar los límites de lo correcto; sin incurrir en la indiscreción; sin que sus investigaciones encaminadas á sorprender la noticia de palpitante interés, denuncien nunca el olvido de la educación exquisita á que rinde culto fervoroso. Bien es cierto que favorecen la práctica de su profesión, en esta forma, el desarrollo de su inteligencia y su profundo conocimiento de los hombres y de la sociedad.

Arturo desdeña el ministerio de su cargo en las aplicaciones á la referencia de lo corriente y prosaico, pero lo admite en el hecho de resonancia, que pone á prueba la habilidad, el tacto y la suma de recursos que el periodista debe poseer para llegar triunfante al *summum* de su carrera. Ha viajado mucho y le son familiares varios idiomas. Su aptitud para revestir de atractivo las noticias, es privilegiada: bajo la acción de su pluma brotan situaciones que conmueven y apasionan á favor de un estilo original y castizo, adaptado á las condiciones del asunto; y estos rasgos le prestan de tal modo relieve y color, que, aun reflejando la verdad matemáticamente exacta, parecen episodios de novela, incubados á influjos de la inspiración y llevados al periódico, merced á la magia feliz de esos instantes en los que la fantasía alardea de su frescura y de su savia.

Sería difícil mencionar siquiera, los puntos culminantes de su vida de periodista; pero hay uno que, sin destacarse como el llamado á determinar de modo completo su carácter, dice lo suficiente acerca de este obrero incansable, observador perspicaz, dramático á maravilla y poeta siempre.

Muchas veces nos reuníamos en *Fornos*, durante las horas avanzadas de la noche, cuando Madrid empieza á perder su bullicio peculiar; cuando sólo uno que otro carruaje cruza las calles al trote monótono de magnífico tronco; horas en las que el redactor recoge impresiones para la última edición, el aficionado al *bacarrat* se desliza en las salas de su local favorito, y el amor tarifado se postra á los pies del dios Cupido y le brinda galas fastuosas, quizá como emblema del naturalismo contemporáneo.

Una de esas noches, al entrar en el elegante café, advertí que Arturo estaba pensativo.

– ¿Qué tienes? – le pregunté.

– Estoy preocupado, – respondió con desaliento.

– No es preciso que lo declares, porque á la simple vista se nota que algo anormal te sucede.

– ¡Friolera!

– ¿Qué es ello?

– Un amigo que me convida; ya ves.

– ¿Y eso te abruma?

– Déjame seguir.

– Dispensa, y sigue.

– Me convida para celebrar su boda.

– Tanto mejor.

– Tanto peor; porque no se trata de un festejo según el uso admitido.

– No comprendo...

– Escucha lo que dice esta invitación.

Y Arturo, sacando del bolsillo una primorosa tarjeta de satinada cartulina, leyó lo que sigue:

«Williams Rússell y Sara Stewart participan á V. su efectuado enlace y tienen el honor de rogarle que asista el 24 de julio corriente á la cumbre del Mont-Blanc, donde se disponen á celebrar el suceso.

Si el tiempo impidiese en la expresada fecha la ascensión á la montaña, se entenderá la cita para el primer día que reuna las necesarias condiciones.»

Tan singular parte de boda, seguramente único en su género y que denunciaba la nacionalidad inglesa de Mr. Williams y de su consorte, me sorprendió; y aunque tras la sorpresa vinieran las reflexiones, ninguna de ellas justificaba, en mi sentir, la extravagancia de festejar sobre la primera altura de Europa un matrimonio. ¿Por qué sustituir la *luna de miel* con una extraña *luna de hielo*?

Hay rasgos que aspiran á la implantación de una moda; pero el capricho de aquel matrimonio no podía encontrar imitadores.

– ¡Qué compromiso! – exclamó González, y quedóse taciturno.



ULTIMOS MOMENTOS DE ERASMO, cuadro de A. van Trigt

– Hombre, me parece (repuse) que no existe compromiso alguno.

– Te equivocas. Mr. Williams es un íntimo amigo á quien traté mucho en Londres. El acto reviste novedad indiscutible y, de seguro, la prensa de Europa y la de América le dedicarán atención.

– Así lo espero.

– Pues bien; mi obligación es subir al Mont-Blanc.

– Sube y cumple tu obligación.

– Pero ¿voy á dejar mientras el periódico?

– ¡Graciosa pregunta! ¿Pretendes tener dos personalidades?

– Es verdad; hay que decidirse.

– Yo, en tu caso, optaba por el viaje. Después de todo, es una ausencia de pocos días.

– No hay duda que opto, mas iré con desaliento.

– ¿En qué lo fundas?

– Esos periodistas extranjeros...

– ¿Crees que vayan al Mont-Blanc?

– Siendo Mr. Williams inglés no faltarán corresponsales británicos; y esta circunstancia hará que lleguen otros de los Estados Unidos.

– ¡Bah! declara que temes la competencia.

– Eso, nunca. Iré y por anticipado te aseguro que el pabellón de España quedará á grande altura.

– ¡Bravo! me llenas de satisfacción y te felicito con toda el alma.

Arturo se despidió de mí, haciendo castillos en el aire, creyendo que ya leía sus impresiones de viaje, que se recreaba en la contemplación del panorama alpestre, que trepaba á la cumbre adusta del Mont Blanc, que telegrafiaba á Madrid los pormenores de la fiesta, y que lo aclamaban rey de los periodistas.

II

Sobra relatar el viaje de Arturo á Chamounix. Ni este es el pensamiento que me propongo, ni se trata de una expedición rara y acreedora, por tal motivo, á mayor suma de pormenores.

González, luego de terminados los oportunos preparativos, tomó asiento en el tren y se dispuso á cumplir la misión de cronista, anunciada por el periódico en la forma corriente, para natural *bombo* del mismo y para estímulo de la curiosidad pública, sobrado necesitada de condimentos fuertes en un país como el nuestro, donde tan escasa es la afición á la lectura.

Durante el trayecto hasta Lion no hubo accidente digno de mencionarse. Pasaron las horas, ya con aburrimiento, ya con regocijo, según las impresiones que llevaban al ánimo del periodista los lugares que veía á favor de la rápida carrera de la locomotora.

Cuando subió al tren en Lion ocupaba el carruaje un solo individuo, á quien Arturo hizo cortés saludo.

Luego colocó en la red los trebejos de viaje y sustituyó el sombrero por la gorra de seda, cómoda y flexible.

El carácter español difícilmente se acomoda al silencio; y como el caballero que había tomado asiento frente á González no deseaba otra cosa que charlar, ambos se felicitaron en secreto de que, en aquel accidental encuentro, los uniese á los fines de la distracción, igual modo de pensar.

El compañero de viaje de Arturo frisaba en los cuarenta años y su rasgo físico más notable estaba representado por la calvicie. Este hombre, de reducida estatura, ancho de espaldas, panzudo y de piernas infantiles, parecía uno de esos gnomos de los cuentos de hadas á quienes no pesan las carnes y que, por gracia ó don, tienen agilidad en los movimientos, vigor en los músculos y resistencia para las fatigas.

Aun estaba próxima la estación de la magnífica ciudad francesa; todavía se dibujaban en la extensa planicie pizarras enormes de carbón, talleres, cocheras y locomotoras que arrojaban humo y ya empezaba á romperse el hielo, ventaja de suma valía para las personas que largo tiempo han de ir encerradas en un vehículo salvando distancias y necesitando, muchas veces, comunicarse sus impresiones.

El vivaracho panzudo se revolvía en su asiento con agitación de mico y comprendíase que rabiaba por abrir las válvulas de su verbosidad.

– ¿Va V. muy lejos? – se atrevió á preguntar González.

– Voy á Chamounix y al Mont-Blanc, – respondió con aire de orgullo el interpelado.

– ¡Al Mont-Blanc!

– Exactamente.

– Magnífica excursión.

– ¿La ha hecho V. acaso?

– No, pero ¿quién desconoce su importancia?

– Es verdad; y sin embargo, no he proyectado la subida por simple capricho.

– Comprendo; es un viaje científico...

– Tampoco.

– Entonces...

– Obedezco á una invitación.

González tuvo que recurrir á toda su sangre fría para disimular el efecto que le había causado semejante revelación. Consideraba aquel personaje como un rival; y es que en cada profesión existe un instinto misterioso que advierte la presencia del enemigo, del que puede oscurecer ó mermar la propia fama.

Esto pensó Arturo, pero disimulando sus temores, se contentó con decir entre sorprendido y risueño:

– ¡Un convite en el Mont-Blanc!

– Ni más ni menos – repuso el desconocido.

– Tiene gracia y, sobre todo, es un caso original. Idea por el estilo sólo puede ocurrírsele á un inglés.

– Ciertamente, caballero; dos compatriotas míos (por que tengo la honra de expresar á V. que he nacido en Inglaterra) dos compatriotas, repito, recién casados, quieren festejar sus bodas en la cumbre de esa montaña.

– ¡Oh rasgo poético y sublime!

– Estoy seguro de que la prensa dedicará al asunto interesantísimos trabajos, y por mi parte, vengo á cumplir una misión. Esta es mi tarjeta.

El inglés entregó su tarjeta á González. El instinto no había engañado al español. Aquel individuo era Mr. Blaine, redactor corresponsal de un importante periódico de Londres.

Arturo dió su nombre al inglés, y aunque añadió que también vivía consagrado á la prensa, guardóse de añadir cosa alguna.

– Caballero, – insistió Mr. Blaine, – me complazco en conocer un colega.

– Cuente V. desde ahora con mi amistad, – repuso González.

– ¡Ay! ¡qué pícara es nuestra carrera!

– Un poco.

– Demasiado, señor mío. Figúrese V. que estoy aquí de milagro.

– ¿Cómo es eso?

– El Canal de la Mancha tiene bromas muy pesadas. Lo cruzamos con temporal y llegué á la costa de Francia en el estado más deplorable del mundo.

– ¿Se marea V.?

– Horriblemente; y tanto, que todos los limones de á bordo, aplicados á mi nariz, no servían con su penetrante aroma, para mitigar mis ansias.

– Por fortuna, han pasado las horas de sufrimiento.

– Sí, pero ¿y la vuelta?

– ¿Acaso ha de encontrar V. el propio mal tiempo?

– Lo temo, si bien me da bríos la esperanza de una compensación en el Mont-Blanc porque, francamente, mi cometido se presta, como ninguno, al aplauso y á la gloria.

– Y desearé que logre V. el éxito á que tiene indiscutible derecho.

– Gracias, excelente colega. Y á propósito; ¿V. viaja por gusto?

– No soy rico para tanto. Cuestiones de interés me llevan á Suiza.

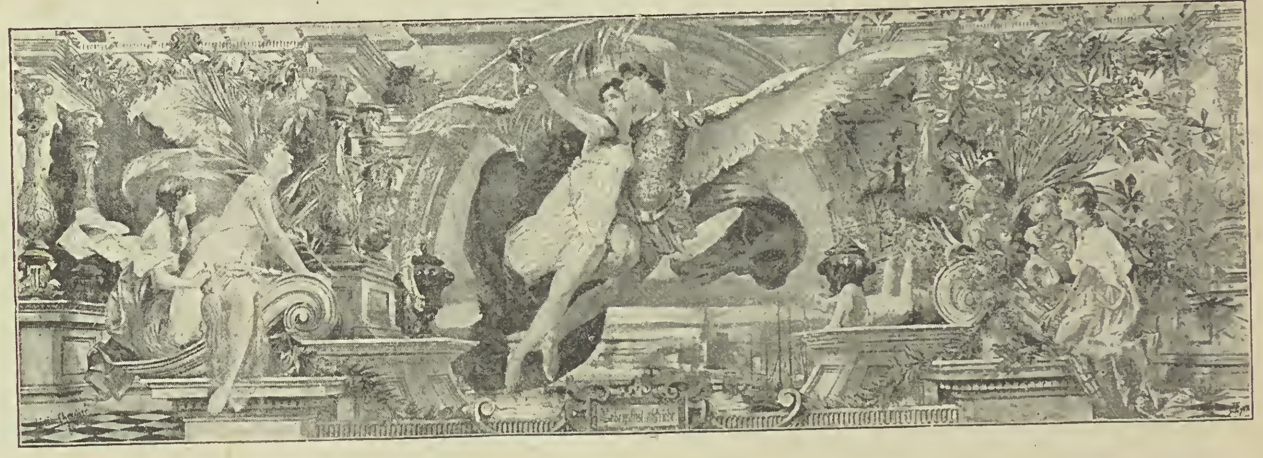
– ¿Conoce V. el país?

– Un poco.

Mr. Blaine, conforme iba adquiriendo confianza con González, le revelaba los proyectos que tenía *in mente* para triunfar de los corresponsales que pudieran acudir al Mont-Blanc, y á despecho de las conveniencias, fué bastante explícito. Miraba con desdén la prensa de España; no concedía significación á la de otros países, y sólo estimaba el periodismo británico en condiciones de responder á las necesidades de la cultura contemporánea.

Entretanto y sin olvidar su cometido, á la vez que hablaba y gesticulaba, escribía en la cartera. Todo llamaba su atención; el cuadro majestuoso del Ródano; los torrentes que caían de las montañas, haciendo temblar las plantas silvestres de las orillas; los campos opulentos; las casas de labor; los ganados esparcidos en praderas y valles. Era, en suma, un turista que no desperdiciaba ripio.

Al llegar á Ginebra propuso á González parar en la misma fonda, pero Arturo se excusó, pretextando que sus negocios le obligaban á salir inmediatamente para Vevey. El periodista español sentía vértigos al verse solo y hasta por un instante creyó comprometida su empresa. Había partido de Madrid orgulloso y ahora una nube de temor



LA ALEGRÍA Y EL REPOSO, friso pintado por Klein Chevalier



EL RHIN Y EL DUSSEL SALUDANDO AL ARTE, friso pintado por Klein Chevalier

oscurecía su frente y quitaba ánimos á su inteligencia.

– ¡Malhaya el convite! – decía, y sin preocuparse de los encantos de Ginebra subió al ómnibus del *Hotel de la metrópoli*, descansando á poco en el suntuoso edificio emplazado frente al jardín Inglés, y algunas horas más tarde se dirigía á Chamounix.

III

El primer cuidado de Arturo en Chamounix, fué visitar á Williams y Sara, quienes ocupaban desde varios días antes un pequeño chalet de los alrededores, deseosos de hacer vida retirada y gozar la dulce libertad imposible de obtener en las fondas.

Este retraimiento en nada se oponía á la suerte de espionaje que ejercía la inglesa, en cuanto afectaba á conocer la resonancia de sus actos, y aun pudiera decirse que su actitud debía ser considerada como un nuevo dato que en sazón oportuna, estaba llamado á figurar en la prensa.

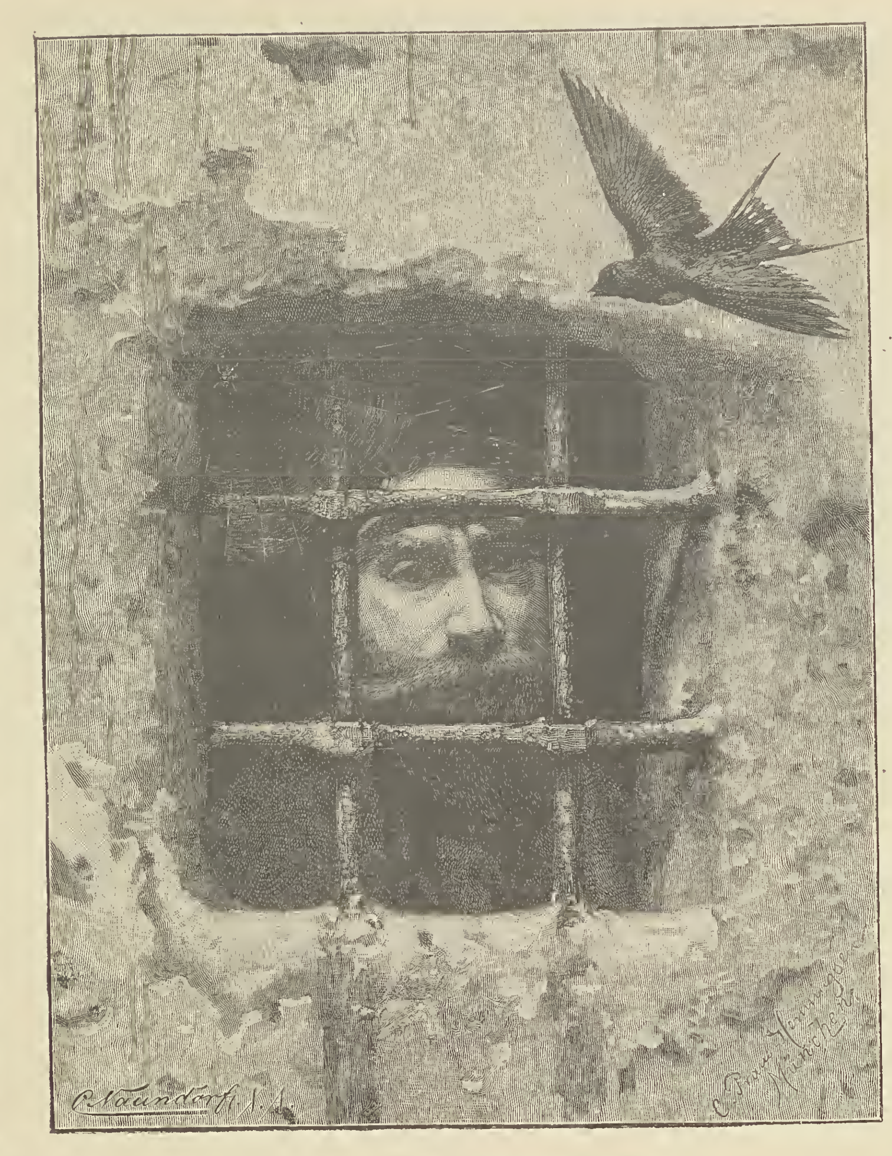
Aquella mujer se sustraía de las miradas, esquivando al parecer, juicios y comentarios; y cuando los periodistas enristrasen la pluma para referir episodios del viaje de bodas, anotarían lo referente al alejamiento de la sociedad; de modo que trabajaba en obsequio de una de tantas mistificaciones de que suele ser víctima la prensa.

Sara, pues, había dirigido invitaciones y luego se ocultaba de la vista del público; pero estaba hecho el propósito de propaganda y, por consiguiente, el plan ofrecía resultado seguro.

Mistress Sara Stewart era una aristocrática joven de veinticuatro años, dotada de belleza irreprochable.

Tenía un *flaco*, según acontece con todas ó casi todas las personas, y consistía en la pasión de lo ideal aplicado á lo original.

He aquí el motivo de querer celebrar su casamiento con un convite en el Mont-Blanc. Sara y su esposo habían discutido seriamente el caso, á fin de pesar el pro y la contra; y como se proponían pasar la mayor parte de su vida á bordo de su yacht ó en los trenes de ferrocarril y consagrados á la movilidad que tan amplia representación tiene en el pueblo inglés, la cita dada á unos pocos amigos para la cumbre de Mont-Blanc era perfectamente lógica. De buen grado hubieran elegido otra altura menos visitada, ya fuese alguna del Himalaya ó bien el Sinaí, por ejemplo; mas desistieron de su propósito, considerando que á semejante idealismo se oponía la vulgaridad miserable del dinero. El Himalaya y el Sinaí son excursiones que implican desembolsos de cuantía, y en cambio, la expedición á los Alpes es llevadera en este concepto.



PRESO, cuadro de C. Praue Henningsen

Por otra parte, la fantasía de Sara, á quien su esposo no intentaba contrariar, quedaba satisfecha con el coloso de Europa y, sobre todo, ante la evidencia de que nadie había pensado cosa análoga en punto á viaje de boda ó de *luna de miel*, resultando demostrada la *originalidad* de la encantadora inglesa.

Seamos indulgentes. Mistress Sara quizá obedecía, sin saberlo, por causa de su educación, al medio social en que se agitaba. Pudo tener en su esposo un contrapeso á su monomanía fantasmagórica, tan ridícula como todo lo exagerado, pero Mr. Williams Rússell nunca hubiera emprendido la tarea de hacer que Sara viviese en el realismo del mundo, entre otras razones, por no hablar. Su retrato queda hecho consignando que representaba á la perfección la estatua del silencio.

La entrevista de Arturo con el matrimonio fué afectuosa y sirvió á la inglesa de argumento, en obsequio de su idea. No sería esta una locura, cuando llegaba á la cita un hombre de los méritos del español. Pero ella ignoraba que el periodismo no discute las extravagancias. Si éstas avivan la curiosidad, tanto mejor; hay asuntos para entretener al público y lucir las galas del ingenio, ya se trate de lo triste, ya de lo festivo.

– Muchas gracias, – dijo Sara á González, tendiéndole la mano.

– Muchas gracias, – repitió Mr. Williams.

– Una invitación de Vds. equivale para mí á una orden, – replicó Arturo.

– Es V. muy amable, – insistió la joven, y luego preguntó:

– ¿Ha visto V. á sus colegas?

– Ignoro quiénes sean esos señores.

– Mr. Blaine y Mr. Tracy.

– ¡Ah! conozco al primero.

– El segundo es un norteamericano que se hospeda en el *Hotel de la Corona*.

– Precisamente allí estoy.

– Entonces, lo tendrá V. esta noche de compañero en la mesa redonda.

– Lo celebraré infinito.

– Y bien, amigo mío, ¿está V. dispuesto á subir al Mont-Blanc?

– ¿Quién lo duda?

– Hermosa expedición, ¿verdad?

– ¡Deliciosa!

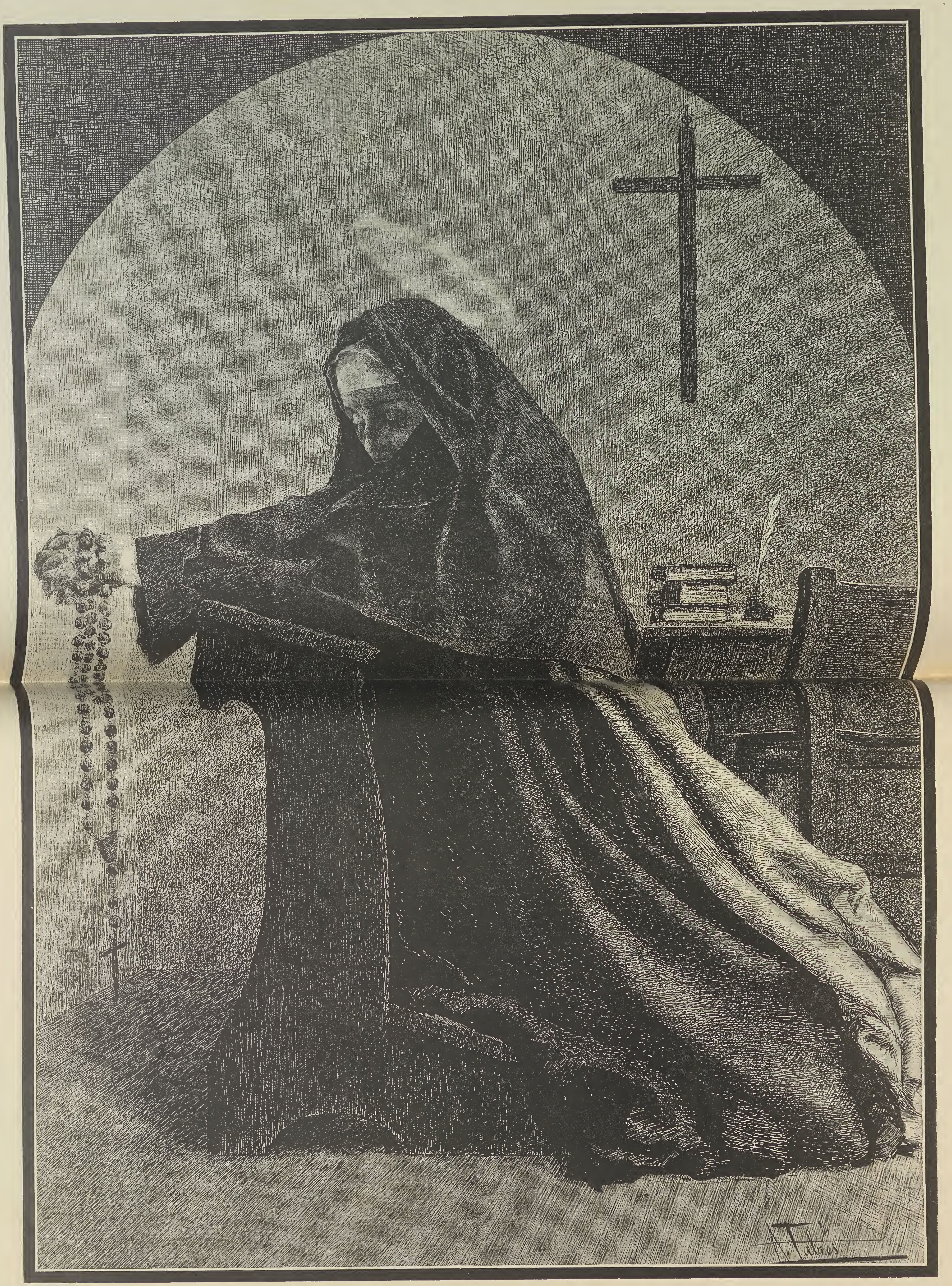
– ¡Oh! – se atrevió á decir Mr. Williams, quien por lo visto, no quería dejar de poner en presencia de González el *visto bueno* al capricho de Sara.

– Y ¿viene V. con ánimo de enviar á su periódico alguna revista? – insistió la inglesa.

– Señora... – dijo González.

– No sea V. modesto, pues le consta que leo con interés cuanto escribe.

EN LA PLAYA, cuadro de E. Meifrén



SANTA TERESA DE JESÚS, dibujo á la pluma de A. Fabrés

– Tanta bondad...

– Por supuesto, que el viaje se presta á que una imaginación lozana realice primores.

– Ojalá pudiera yo cumplir dignamente.

– ¿Juzga V. con benevolencia mi proyecto?

– Lo estimo original como ninguno, y supongo que Mr. Williams participará de mi opinión.

El aludido movió la cabeza con una inclinación de algunos grados, lo cual equivalía á manifestar su asentimiento.

El diálogo, como se ve, pecaba de frívolo; y en la parte que callo, se habló de pormenores relativos á la próxima expedición, del plan que tenía González para dar colorido y sabor local á su reseña y, en fin, de cuanto constituía los preliminares de la obra confiada al periodista español.

Todos los esfuerzos, todas las artes de Arturo, puestos en acción para procurarse informes de los corresponsales extranjeros, fueron inútiles. Sara no sabía cosa alguna; los trataba poco, y al cabo se resignó González á esperar, decidido á la lucha del talento y del tacto habilidoso.

IV

Por coincidencia rara, los tres periodistas habían ido al mismo hotel; pero como Arturo fué el último que llegó á Chamounix, no pudo apercibirse del hecho hasta visitar á Mr. Williams.

A la hora reglamentaria, la campana congregó á los viajeros para la comida. Mr. Blaine, locuaz y expresivo, acercóse á González y previas algunas palabras y antes de tomar asiento, lo presentó al corresponsal norteamericano.

– Mr. Tracy, – dijo Blaine, – tengo el honor de hacerle conocer al distinguido literato español D. Arturo González.

Y volviéndose á éste, añadió:

– Mr. Adams Tracy, reputado periodista de Nueva-York.

Cada uno de los presentados inclinóse con ceremoniosa reverencia y después de un apretón de manos, ceñido al último decreto de la moda, pronunciaron estas frases elocuentes:

– ¡Mucha satisfacción!...

– ¡Me felicito, caballero!...

Esta escena ocurría la víspera de la expedición al Mont-Blanc, de suerte que Arturo no podía conocer los puntos que calzaba el rival llegado del Nuevo-Mundo; y merced á su temperamento meridional, estaba perplejo y creía imposible salir airoso en la demanda.

Tracy gozaba de sólida nombradía, y quien emprende un viaje de muchos centenares de leguas por la satisfacción de llenar un deber que le exige el envío de datos á un periódico importante, no merece ser confundido con el vulgo de las personalidades que pasan desapercibidas.

Tracy era un joven de treinta y dos años aproximadamente, alto como un roble, fornido como un atleta y colorado como un salmonete. Tenía ojillos azules, sobrado pequeños para aquella cara que, por sus dimensiones, hacía pensar en la del *Moisés* de Miguel Angel ó en la de *Atlas*, según aparece en la colección Farnesio de Nápoles; pero aquellos ojos flameaban rápidos en sus estrechas órbitas, á semejanza de lo que sucede con esas lámparas eléctricas de reducido volumen, que proyectan fúlgida luz.

Poseía una privilegiada memoria, y cifraba su orgullo en no apuntar cosa alguna en la cartera, convencido de que la memoria no revela noticias ni secretos. Aceptaba el cargo de redactor corresponsal como un sacerdocio; y cual si el periódico representase la disciplina severa de la ordenanza militar, estaba pronto á cumplir su deber. Las vírgenes prudentes del Evangelio habrían pretendido en vano, prestarle siquiera, un átomo del don de vigilancia, tan útil para la vida; y hubiera sido á la vez empeño baldío, inspirarle el sentimiento de la obediencia, preciosa cualidad que informaba todas las acciones de Tracy en su aplicación á la esfera en que se agitaba.

Llegada á Nueva-York la noticia del extravagante propósito de Mr. Williams, el director del periódico en que escribía Tracy llamó á éste y, con la economía de palabras á que tan aficionados son los hijos de la gran república, le dijo:

– ¿Conoce V. el asunto?

– Sí, – contestó el interpelado.

– Es preciso ir á Europa.

– Iré.

– Y subir al Mont Blanc.

– Subiré.

– Y trasmitir por el cable todo lo que ocurra.

– Lo trasmitiré.

– Tome V. esta carta para nuestro corresponsal de Ginebra. Le doy el encargo de que facilite á V. fondos.

– Está bien.

– Hasta la vuelta.

– Hasta la vuelta.

Tracy dispuso el equipaje, tomó billete en el primer vapor correo que salía con rumbo á Europa y quince días después llegaba á Chamounix.

V

La *mesa redonda* parecía la tarde del veintidós de julio un mosaico, á juzgar por la suma de tipos y nacionalidades que se sentaban á su alrededor y hablaban distintos idiomas y manifestaban gustos diferentes.

En la vida del viajero hay una época de deslumbramiento por decirlo así, adecuada para encontrar atractivas esas reuniones abigarradas, sin afinidades y sin lazo de unión; forma chocante del cosmopolitismo á duras penas encerrado accidentalmente y por obra del acaso, no por preconcebido intento, entre los muros de un comedor. Pero el período que señalo pasa, y en pos viene el raciocinio; y comprendiendo entonces que es más preciada la sociedad de la familia y de la amistad íntima, nos reímos ingenuamente de las añejas aficiones.

La mesa del *Hotel de la Corona* era una reproducción de las que vemos en todo el mundo civilizado. El mismo sello de monotonía en el servicio; idéntica preparación de platos y adornos y el propio vocabulario en los mozos de comedor.

La tarde á que me refiero, hallábase en mayoría el elemento norteamericano, y Tracy podía alternar con un banquero del Estado de Virginia, con un magistrado de Wáshington, una familia del Misouri, un minero de California y no recuerdo cuántos otros compatriotas.

Inglaterra también tenía bien sentado su pabellón, en las personas de Blaine, de una Mistress Agar Leyton, romántica y tiesa, rayana en los cincuenta años, acompañada de su marido, sordo pertinaz, de un rubicundo cervecero y de un negociante retirado, que viajaba para curarse de una afección de hipocondría. El resto de los comensales lo formaban González, un francés, un polaco y porción de alemanes y rusos.

La comida empezó en el mayor mutismo. Tan sólo se cruzaba una que otra frase alusiva á las impresiones del día y á los proyectos para el siguiente; y tras los paréntesis de accidental diálogo á media voz, tornaban aquellos personajes á callar; pero el tema de las pequeñas conversaciones era el Mont-Blanc, y con tal motivo, los aficionados á la erudición dejaban escapar datos justificativos de la que poseían.

No faltó quien apuntase que la egregia montaña es una obra modelo de la naturaleza; ni quien recordase, dándose humos de veterano en los estudios, que la primera carta de la región del Mont-Blanc se debe al belga Œgidius Bulionius y apareció en el *Teatro del mundo*, de Ortelius, publicado el año 1570 en Amberes; y que la aldea de Chamounix figuró la primera vez en el *Atlas* formado en 1595 por Mercator. Allí se habló, pero sin que la conversación se generalizase, de los trabajos hechos en 1742 por una sociedad de ginebrinos, de la que formaban parte un botánico y un ingeniero, llamado Martel, sociedad que reconoció la posición del Mont-Blanc, al que asignó una altura de 2.426 toesas, equivalentes á 4.728 metros, medida rectificada luego, á favor de operaciones geométricas y observaciones del barómetro, en la cumbre, por las cuales se sabe exactamente, que la altura referida es de 4.810 metros sobre el nivel del mar, 4.440 sobre el nivel del lago de Ginebra y 3.760 sobre Chamounix.

(Continuará)



LA VISITA EN EL HAREM, cuadro de F. M. Bredt

¡FONDO...!

BOCETO MARÍTIMO

Comprendo perfectamente la *interior satisfacción* que debe de sentir el mortal dichoso que se *halle en fondos* y hasta comprendo que muestre al exterior esa satisfacción, deplorando con toda mi alma no haberme encontrado nunca en el caso de verificar, por dentro ni por fuera, satisfactorias experiencias personales con tan fausto motivo, con el de hallarme en fondos cotizables en plaza; caigo en la cuenta de lo que quieren decirme en seguida que me hablan de *los fondos* de un buque ó del *buen ó mal fondo* de una persona y creo sin vacilación que es preciso limpiar aquéllos con frecuencia y hasta me parece natural que se piquen si no se les rasca y pinta de vez en cuando; me explico que *en el fondo del mar nazca la perla*, como dijo Blasco, ó que el mar tenga *doble fondo de cieno*, como asegura Echegaray, y me lo explico no porque sea verdad nada de eso ni porque esté bien dicho sino porque como la forma poética está llamada á desaparecer, según las penúltimas noticias, antes de responder goza haciendo decir disparates como esos y más grandes á los ingenios mejor equilibrados; admito los *fondos de saco* de algunos autores, para los cuales no hay Pirineos, y leo *artículos de fondo* y *obras de fondo*, que así las anuncian en sus catálogos algunos libreros para los cuales, á su turno – todo se pega – no hay gramática, ni idioma, ni absolutamente nada más que tontos que compran libros.

Pues hasta que me embarqué, y á la vuelta de un viaje larguito, á pesar de tener tan sabida y comentada la palabra *fondo*, no comprendí, ni caí en la cuenta, ni me expliqué, ni admití, ni leí que pudiera tener tantos encantos como tiene; que pudiera ser, en determinadas circunstancias, compendio y resumen de íntimo contento, nuncio de bienes, extracto de felicidad, realización de seductoras esperanzas, foco emergente de alegres pensamientos, preámbulo de goces, lábaro de placeres, portaestandarte de dichas, excitante de deseos, verdugo de tristezas, enterrador de penas y grato mensajero de cuantos gustos y atractivos brinda la vida á quien de ella y sus pasos puede aprovecharse. Que todo eso es y más, la palabra fondo cuando pronunciada con voz estentórea por el comandante de un buque, dentro del puerto y desde el puente, después de un largo viaje, indica á quien la oye el término de acerba soledad para el ánimo y de torturas para el estómago, producidas por la mala alimentación ó la falta de ejercicio, y el comienzo de emociones agradables para el alma y sensaciones dulcísimas para el cuerpo; cuando indica, en una palabra, que se acabó por entonces el viaje, que el hombre vuelve á ser hombre y deja de ser un bicho raro con todas las cualidades del

bípedo implume y sólo los recursos de un pez.

Con lo dicho nada más se figurará cualquiera que yo soy un enemigo furibundo de los viajes marítimos y que cuando me llevan á embarcar voy como si fuera al patíbulo; pero ese cualquiera se equivocaría de medio á medio y daría otra prueba – pues ya había dado una metiéndose á juzgar con tan pocos datos – de que no conocía ni por el forro ó pericardio el corazón humano. Lo que pasa, ó lo que á mí me pasa, al menos, es que la monotonía enerva de una manera horrible y desea uno salir de ella aunque sea para caer en lo desconocido ó en algo peor: la vida en el mundo es una sinfonía de Wagner, el Bretón prusiano (anda, ¡que paguen lo de las Carolinas!) ó de Bretón, el Wagner español, en la que suenan desde el tambor hasta el cornetín de llaves, armando un estrépito de mil armonías de á caballo que si alguna vez marea, las más distrae; pero la vida, navegando en un buque de guerra, es una sinfonía ejecutada por un gigantesco grillo infatigable. Hombre, ya que no nos dan más sueldo, sépase siquiera que lo merecemos. Yo me embarco con tanta ilusión y con tanto entusiasmo como el que más, y todos los marinos tienen mucho, pero oigo caer el ancla en puerto con tanta alegría y contento como el que más también.

Sucede en esto algo parecido á lo que ocurre cuando en los viajes por tierra, en ferrocarril, que es hoy el colmo de la comodidad, se oye la palabra ¡fonda! y se tienen apetito y dinero para pagar el cubierto; desde la princesa altiva que viaja de incógnito en el *sleeping-car* hasta el ruin pescador que tiene un asiento de *semiperrera*, todos los viajeros se alegran de la paradita, todos la aprovechan para satisfacer alguna necesidad y el que no come evacúa algún negocio, ó se desentumece las piernas paseando por el andén, ó pone un telegrama, ó... duerme: hay quien no puede dormir en viaje más que en las escalas.



MADONNA, cuadro de W. Bouguereau

Aquí, en esta parada y fonda, voy á coger yo la ocasión para contestar á los señores que han tenido la bondad de abrirme los ojos manifestándome que en mis *bocetos* abuso de los términos, comparaciones y otros detalles culinarios y les diré, pidiendo antes que dispensen la digresión á los que no me han manifestado nada ó sí cosas muy distintas, que yo al escribir estos artículos me propongo que todo el mundo entienda lo que en ellos quiero decir, además de ganarme honradamente unas ¡ay! pocas pesetas, y que no todos los hombres sublunares son médicos ó abogados, aunque lo sea la inmensa mayoría, ni todos son gerifaltes ó aguililas, aunque muchos se tengan por tales; pero todos los que pueden leer estos artículos comen desde chiquitos, aunque algunos estén enamorados y coman poco, y saben disponer una minuta de almuerzo ó de comida si no en casa de Justin ó de Lhardy, en Colón ó en Levante; con aquel propósito, pues, y sin más motivos, seguiré abusando en estos *bocetos* de los términos, comparaciones y otros detalles culinarios, para que me entienda todo el que me haga el favor de leerme, – cosa que hablando de marina no sé si lograré siempre á pesar de mis buenos deseos, – y para dar esa expansión á mi natural que ya es de por sí vulgar y sencillote.

Resulta, tomando nuevamente la ilación de este fondo, que ¡FONDO! es la palabra sagrada que sujeta al buque y lo detiene junto á un muelle ó cerca de un puerto, pues aunque algunas veces se da fondo en puntos peligrosos y para evitar peligros mayores, yo ahora no hablo de casos excepcionales y tristes sino del buque que con toda felicidad rinde su viaje en el punto de su destino.

Es notable por lo sencilla y por lo eficaz la maniobra de anclas; parece mentira, á primera vista, que un buque de muchos miles de toneladas quede asegurado tan pronto y tan bien por medio de una cadena que desde él vaya á parar á un gancho sepultado en fango y, sin embargo, así sucede. Va el ancla en la pendura, es decir, colgando del sitio que de ordinario, tendida y bien amarrada, ocupa á proa; con un leve esfuerzo se la deja caer y cae arrastrando cadena y llega al fondo del mar donde se hinca profundamente por su propio peso, y más todavía por ciertas evoluciones que ejecuta el buque, y éste queda ya domesticado y sumiso gozando de una relativa libertad de movimientos; puede hasta bornear ó sea describir una circunferencia al rededor del punto en que cayó el ancla, pero nada más; queda el buque en situación análoga á la que tiene en el pobre esa retumbante calumnia levantada á la humanidad, bajo el nombre de libre albedrío, por un filósofo que acababa de almorzar fuerte: puede ir y venir, girar á su antojo, divertirse cuanto guste mientras no se lo impida la cadena que si bien no es muy larga en cambio tampoco es elástica. Con sólo ver un buque fondeado se hace cargo cualquiera de la fuerza que en ocasiones desarrollan *los ojos de mi morena*, como dice el cantar, ó los de una rubia; la misma influencia parece que había de ejercer sobre la mole inmensa de un acorazado el cable de cadena de su ancla que sobre un hombre, y hasta buen mozo si se quiere, el resplandor de una mirada, ninguna influencia: pues uno y otro quedan bien seguros si el ancla y la mirada agarran en el fondo.

Si el momento de fondear un buque de guerra que llega á puerto después de un largo viaje, resulta interesante para los caballeros que presencian el acto desde fuera de él, lo es aún mucho más para los que desde dentro lo contemplan: podrán los primeros unir á la curiosidad, que es lo que en ellos predomina, el deseo de ver ó algo más á alguno de los pasajeros, pero éstos, á falta de curiosidad, sienten la solemnidad que acompaña á todo acto del servicio; cada uno ocupa su puesto, tiene una misión que cumplir y ve ante sus ojos y cerca de sus pies la tierra prometida: todos lo son para el navegante, en todas pueden cumplirse mejor ó peor las promesas que se ha hecho en los solitarios sueños y en los agitados insomnios de la travesía, todas le prometen una indemnización á los sufrimientos pasados y á las ansiedades sufridas, en todas podrá soldar de nuevo el eslabón que le une á la cadena de los vivos, que permaneció roto mientras que el buque que le conducía fué un punto aislado perdido en las amenazadoras soledades del mar.

Ver entrar en puerto un gallardo crucero, ver cómo cae desde su costado al agua un objeto que levanta olas de espuma y verle al cabo de un momento quieto en el sitio donde debe permanecer, desahogando vapor que sale en blancas nubes por sus amarillas chimeneas, zallados los tangones, armadas las escalas, arriando botes que empiezan á mecerse blanquísimos y elegantes sobre las aguas, lanzando, por fin, sonoras salvas si el sitio y la ocasión lo exigen: todo eso es muy curioso para el hombre observador, parece el despertar de una ciudad ambulante, visto por un diablo cojuelo; yo recuerdo el entusiasmo con que en Vigo me hablaban refiriéndome el hermoso espectáculo que suelen ofrecer allí las escuadras inglesas al fondear en las aguas de aquella incomparable ría, en cuyas claras linfas se miró al nacer, ó poco después, mi amigo particular y general Luis Taboada. Pero todo eso es también fácil verlo, con ir á Vigo, donde á cada dos por tres llegan escuadras inglesas, ó á Gibraltar, donde sucede lo propio, ó aguardándose un ratito á que nosotros tengamos buques y escuadras que naveguen y se podrá ver en cualquier puerto.

Lo que pudiera ser difícil es ver la cosa desde dentro y de eso voy á hablar. El buque se va acercando al puerto; todo conserva á bordo el aspecto especial que tomó para el viaje, todo trincado y calzado para evitar que se mueva y desordene con los indispensables bandazos; las caras de la gente están macilentas y como si pertenecieran á personas embalsamadas, el machaqueo de la hélice es ya un verdadero batán para los sesos, los actos todos de la vida se verifican como á impulsos de hipnóticas sugestiones; se come sin apetito, se duerme sin sueño, se discute sin tema, se recuerda sin pena ni alegría lo pasado, se espera sin... si, esperarse sí, se espera y se desea pero con una especie de resignación apática, como si nunca hubiera de realizarse ni importara gran cosa lo que se espera. De repente cesa el ruido de la máquina y los que dormían se despiertan y los despiertos ya corren á cubierta á recibir al práctico, que para tomarle paró la máquina, el cual llega sonriente y afable con los bolsillos llenos de periódicos, si no es tonto, y la boca llena de noticias: vuelve á funcionar la hélice, el práctico sube al puente con el oficial de guardia, el buque sigue su marcha, interrumpida momentáneamente, y varía la expresión de los rostros y se notan en el buque ciertos halagüeños preparativos; á proa se disponen las anclas para que con sólo hacer girar una llave caigan al agua, se quitan las trincas y fundas de los botes, se empiezan los aprestos de limpiezas, porque un buque de guerra, como las mujeres bonitas, gusta de acicalarse y estar siempre muy limpio, y así se llega á la entrada del puerto, en cuya demanda se navega, y entonces, ó algo antes, toma la voz de mando desde el puente el comandante y se da el toque de *babor y estribor de guardia*, es decir, *de guardia y á su puesto todo el mundo.*

Y en esa disposición, marchando el buque muy pausadamente, sondando los timoneles y cantando las brazas que hay de agua, se llega al sitio en que el bajel ha de quedar fondeado; suena la voz de ¡fondo! y en el instante mismo cae el ancla arrastrando la cadena que rebota con estruendo por el escobén desprendiéndose de ella una densa polvareda de rojizo óxido; la máquina da atrás y para, se recoge, virando el cabrestante, la cadena que sobra y dejando fuera sólo los grilletes ó trozos precisos; se organizan los servicios de puerto y el buque deja de parecer el famoso *juguete de las olas* de los poetas melenudos y juguetones que *en invierno se embozan en la lira*, para convertirse en una isla habitada y flotante en comunicación directa con el resto del mundo civilizado.

Pero ¡oh, instabilidad de las cosas humanas! ¡oh, dioses inmortales! ¡oh, desesperación y rabia reconcentrada!, como decían en griego algunos trágicos de Grecia. ¡Cuántas veces en el puerto tan deseado no se encuentran más que desengaños y contrariedades! ¡Cuántas veces, – lo repito sin intención de imitar á Becquer, – tiene más inconvenientes la estancia en el tranquilo puerto que en el proceloso mar! Esta es la vida; nadie está contento con su suerte; pero llevadas las cosas á la última instancia, el que está fondeado tiene la ventaja, sobre los que navegan, de que, aun siendo un Catón, no se obliga al arrepentimiento. Catón, según dice el simpático Antonio Navarro en su primoroso libro *Azul y rojo*, sólo tenía que arrepentirse de tres cosas en su vida: de haber vivido un día sin aprender algo, de haber confiado un secreto á su mujer y de *haber hecho por agua viajes que pudo hacer por tierra.*

FEDERICO MONTALDO



CAMINO DE LA FERIA, dibujo de Baldomero Galofre

HISTORIA DE LOS MICROSCOPIOS

(Conclusión)

Filippo Buonanni, micrógrafo italiano, perfeccionó el invento de Campana fabricando los dos modelos de la fig. 1, en los cuales vemos dos tubos susceptibles de movimiento vertical para asegurar la postura en el foco. Debajo del objetivo y entre dos diafragmas se coloca la preparación G que contiene el objeto puesto entre dos cristales. El pie de uno de estos dos microscopios está vaciado para dar acceso á la luz y hacer que atraviese en línea recta la preparación y las lentes del instrumento.

Buonanni construyó, además, un gran aparato (fig. 2) en el cual el microscopio está colocado horizontalmente y los objetos se iluminan por transparencia. La preparación D permanece fija, al paso que el objetivo es movible como el resto del microscopio; al otro lado del objeto hay una lámpara de alcohol de potente llama, E, cuya luz concéntrase en gran parte, por medio de la lente F G en la preparación C D. Con este sistema pueden emplearse objetivos de gran potencia consiguiéndose de esta suerte aumentos considerables.

En el siglo XVIII Joblot añadió á los microscopios por transparencia el *cristal de campo* adoptado por Hooke, modificándolo convenientemente para que resultara más manejable (fig. 3); pero los principales perfeccionamientos del microscopio se deben á Marshal, Culpefer, Scarlet y Baker que lo adicionaron con un espejo destinado á enviar al través del objeto un haz lumínico reflejado.

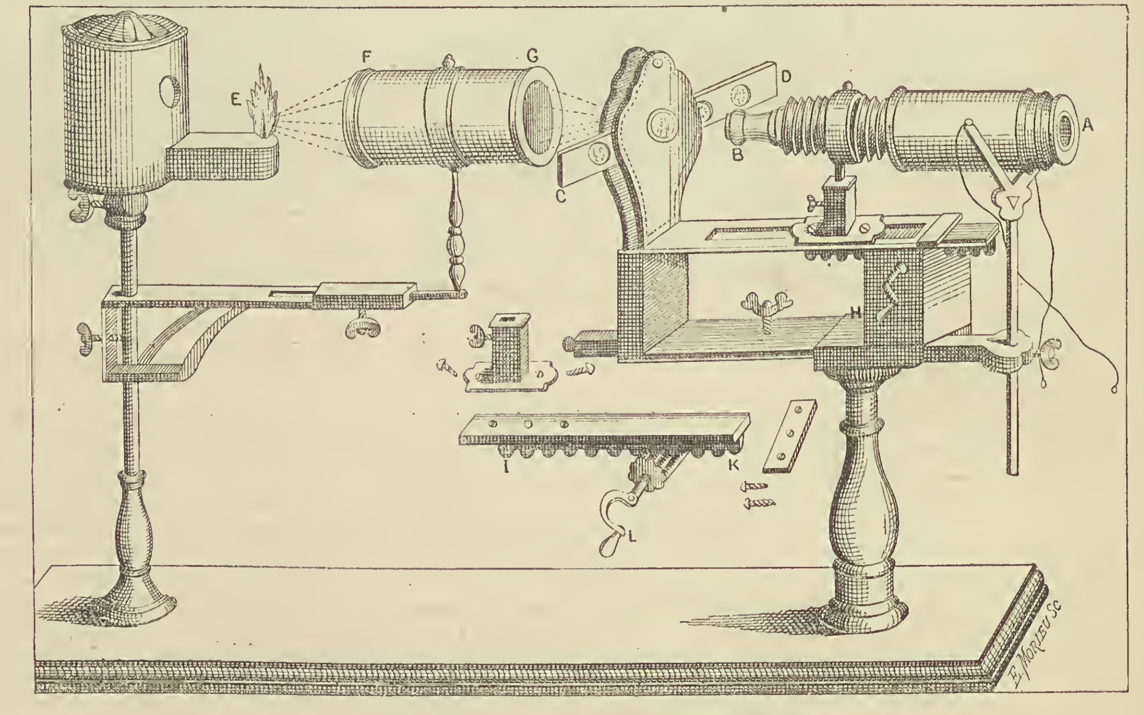


Fig. 2. – Microscopio horizontal de Buonanni

Hasta fines del siglo XVIII obstináronse los sabios á servirse de estos aparatos con objetivos de corto foco, buscando en los cristales la potencia aumentativa que conseguían con perjuicio de la limpieza de las imágenes resultando de aquí deformidades, confusiones é irizaciones como consecuencia de la difracción de la luz unida á las enormes aberraciones de esfericidad y de refrangibilidad producidas por las lentes.

Euler, el primero que corrigió tales defectos, indicó en su *Dióptrica* (1771) un método para acromatizar los objetivos, proponiendo que fueran de dos cristales de tal suerte que la aberración de uno quedara corregida por la del otro. Este procedimiento no se aplicó hasta mucho después: en efecto, nuestros primeros objetivos acromáticos datan de 1816 y fueron debidos á Fraunhöfer, iniciador de una nueva era para los microscopios compuestos.

Constructores y micrógrafos se dedicaron á perfeccionar estos aparatos quedando relegados al olvido los antiguos instrumentos cuya descripción hemos hecho. Esto no obstante nos hemos creído en el deber de evocar su recuerdo, que bien lo merecen, ya que cada uno de ellos ha marcado una etapa necesaria en la historia de los inventos y descubrimientos del espíritu humano.

(Tomado de *La Nature*)



Fig. 1. – Microscopio de Buonanni. – A B. Cuerpo del microscopio. – C y D. Diafragma. – E. Pie vaciado. – F. Estuche. – I K. Cuerpo que se atornillaba á 4 (1). – M. Tornillo. – G. Preparación. – H. Resorte para sostenerla.

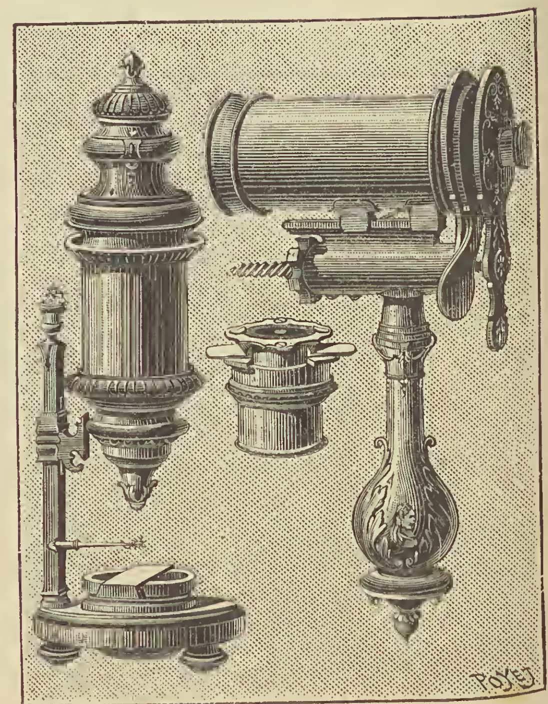


Fig. 3. – Microscopio Joblot

(1) Este efecto se obtenía sólo imperfectamente gracias al estrabismo producido por el modo de observación.

Barcelona. — Imp. de Montaner y Simón